

Formas narrativas e historiografía española

Antonio Morales Moya

El historiador «representa» la realidad de variadas maneras, según trate de describir situaciones, analizar procesos históricos o «contar historias»¹. En síntesis, la historiografía actual muestra dos formas o paradigmas de investigación: las llamadas «historia tradicional» e «historia científica», cada una de las cuales «posee un grupo de tradiciones que define los criterios de excelencia y un conjunto de problemas considerados las materias apropiadas de investigación; cada uno posee su propia metodología y su propia colección de conceptos intelectuales»².

La «historia tradicional», para Furet, obedece a la lógica del relato de una narración con principio y fin, que organiza los hechos a partir de una escala temporal en la que lo anterior explica lo que viene a continuación, siendo su modelo la «historia política», ámbito por excelencia de la libertad y el azar³. La «historia científica» es aquella que al centrarse en las estructuras, recurriendo a lo serial, lo estadístico, lo informático, ya no produce narraciones sino análisis abstractos, siendo su expresión, por consiguiente, analítica, integrando fórmulas y cifras, definiendo modelos y estableciendo generalizaciones. Por su parte, Fogel, amplía el concepto de «historia tradicional» que, desbordando el universo de Ranke, centrado en el carácter par-

¹ WHITE, *El contenido de la forma*, Barcelona, 1992, p. 18.

² FOCEL y ELTON, *¿Cuál de los caminos al pasado?*, Méjico, 1989, p. 67.

³ Cfr. FURET, «En marge de "Annales"», *Le Jébat*, 17 (diciembre 1(81)), p. 118.

ticularista de la historia, incluye la obra de quienes -marxistas, «an-
nalistas»...- aspirando a recoger el conjunto de la experiencia hu-
mana encuentran el «marco conceptual para ordenar el todo» en la
interpretación económica de la historia o en las concepciones socio-
lógicas y culturales derivadas de las ciencias sociales. La «historia
científica» se reduce entonces, teniendo en cuenta la materia, los ti-
pos preferidos de testimonio, las normas de prueba, el papel de la con-
troversia, las actitudes ante la colaboración y la comunicación con el
público interesado, a la «cliometría», caracterizada por aplicar «los
métodos cuantitativos y los modelos conductuales al estudio de la his-
toria». Este enfoque conduce en ocasiones «a representar el compor-
tamiento histórico mediante ecuaciones matemáticas y luego a bus-
car la prueba, generalmente cuantitativa, capaz de verificar la apli-
cabilidad de estas ecuaciones o de contradecirlas» 4.

Desde la perspectiva «científica», cualquiera que sea la forma en
que la entendamos, la explicación histórica, dejando a un lado la
narración por considerarla «metodológicamente deficiente» (White),
tiende a articularse sobre el modelo del «saber matematizado» del po-
sitivismo lógico, del modelo nomológico, siquiera sea «debilitado»:
«leyes», generalizaciones, modelos, conceptos, es decir, un cierto or-
den regular de hechos, fundamenta la verdadera tarea del historia-
dor, la explicación ⁵.

Hace ya bastante tiempo que ambas tradiciones, sin abandonar
del todo «su guerra cultural», tienden a confluir y a complementarse.
Nadie afirma que las leyes generales cumplan análogas funciones en
las ciencias naturales y en la historia y se abandona el «Convering
Law Model» de Hempel, fundado en el empirismo lógico, para el que
todo fenómeno histórico se explica como un supuesto concreto de una
ley general. «Explota», en términos de Ricoeur, el «modelo nomoló-
gico-deductivo» de explicación, abandonado ya por Dray y superado
definitivamente por Danto, quien, consciente de que la narración his-
tórica organiza y al mismo tiempo interpreta, lleva la *Analytical Phi-*

⁴ FOCEL y ELTON, *op. cit.*, pp. 45-46.

⁵ Cfr. CHARTIER, «Débat sur l'histoire», *f.sprit. Paul Ricoeur*, 7-8 (julio-agosto 1988), p. 261; MECILL, «Relatando el pasado: Descripción, explicación y narrativa en la historiografía», *Historia social*, 16 (primavera-verano 1993), pp. 72 Y ss.; MORALES MOYA, «Biografía y narración en la historiografía actual», *Problemas actuales de la historia*, Salamanca, 1993, p. 235, Y «La epistemología histórica de Paul Veyne», *Arbor*, 487 (julio 1986), pp. 82-84.

losophy Of History, en opinión de Habermas, al «umbral mismo de la hermenéutica». Explicación y comprensión no tienen por qué ser excluyentes. Estos cambios van acompañados de intentos de establecer la peculiaridad narrativa del discurso histórico (Gallie, Hayden White...), así como por las teorías postempiristas de la ciencia (Hanson, Kuhn, Toulmin...) que, poniendo fin a la separación contexto de descubrimiento/contexto de justificación, «introducen la relevancia de la comprensión en las ciencias naturales». Finalmente, la tradición hermenéutica, «representante principal de la tradición reflexiva del pensamiento contemporáneo», se abre, después de Heidegger, con Ricoeur, Habermas o Gadamer, a nuevos supuestos que rompen con su versión romántica e historicista, rectificando el «dualismo ciencias naturales/ciencias del espíritu», insistiendo en «la mediación simbólica de la comprensión frente a su caracterización psicológica» y rechazando «la autoconciencia objetivista en las ciencias humanas» 6.

La nueva situación epistemológica corresponde, cabe decir, al fin de los «metarrelatos», es decir, de los «grandes relatos» que han caracterizado la modernidad. Las grandes teorías, los métodos abstractos no pueden aplicarse a la complejidad de la realidad social, eliminando al individuo con sus pasiones, su subjetividad, a la riqueza, hondura y complejidad de la vida, incluyendo «lo cotidiano»: «ese espacio donde se manifiesta “el peso del mundo”, la necesidad de una existencia que siempre va por delante de lo que podamos pensar sobre ella» (Juan Insúa). Elton ha mostrado, en este sentido, los riesgos -10 que no significa, ciertamente, su invalidación- de la aplicación de los métodos de las ciencias sociales a la historia, refiriéndose especialmente a la «protopografía» 7.

La posmodernidad resulta ser, así, la época del cambio constante, de la aceleración temporal, de la cultura dispersa. Concluida la idea de una racionalidad central de la historia, las «visiones del mundo» se multiplican, versando los análisis sobre espacios culturales

6 Cfr. MORALES MOYA, «Historia y posmodernidad», *Ayer*, 6 (1992), p. 18; VON WRIGIT, *Explicación y comprensión*, Madrid, 1980, p. 55; VÁZQUEZ CARERA, «La transformación contemporánea de la hermenéutica y el estatuto epistemológico de la historia», *Fragmentos de filosofía*, 2 (1992), p. 165; RODRIGUEZ, *Hermenéutica y subjetividad*, Madrid, 1993.

7 Cfr. MORALES MOYA, «Historia y posmodernidad», pp. 15-16; BERTALIX, «La perspectiva biográfica: validez metodológica y potencialidades», en MARINAS y SANTA-MARÍA, *La Historia oral: métodos y experiencias*, Madrid, 1993, p. 169; FOGEL y ELTON, *op. cit.*, pp. 173 y ss.

fragmentados. Desde esta perspectiva, como se señaló en otro momento, los más amplios conjuntos sociales, las naciones, los países, las sociedades globales se «rompen». En primer lugar, en elementos que adquieren ahora plena, total relevancia: ciudades, barrios, «lugares de la memoria», del placer, del dolor, o de la marginación, instituciones. En segundo lugar, en élites -«decaen» las clases sociales- y en individuos, cuyas vidas, derechos, raza, cuerpos, lenguajes, memoria, sentimientos, valores, profesiones, costumbres, infracciones, actividades y ocios son objetos de análisis pormenorizado, más o menos autónomo. En cuanto a los acontecimientos, a veces insertos en sistemas, de los que son una forma de cristalización, acentuando otras su especificidad y lo que suponen en orden al cambio de los propios sistemas, vuelven a merecer la consideración de los historiadores, cuya atención se ve también suscitada por las invenciones, por las fuerzas materiales, sin las que el mundo actual sería incomprendible 8.

La nueva concepción de la realidad explica, para Vattimo, «el éxito reciente que en los debates entre historiadores y sociólogos han conquistado la noción de narratividad y la investigación sobre los modelos retóricos y narratológicos de la historia»⁹. Retorna, pues, con fuerza, la narración en sociología, antropología, filosofía, historia 10... llegando a convertirse en el problema fundamental de la teoría de la historia, por cuanto, señala Vázquez Carcía, «el discurso no es tan sólo un medio utilizado por el investigador para exponer las explica-

⁸ Cfr. JIMÉNEZ, *Cuerpo y tiempo. La imagen de la metamorfosis*, Barcelona, 1993; JULIÁ, «¿La historia en crisis?», «Babelia», *El País*, jueves 29 de julio de 1993; MORALES MOYA, «Historia y posmodernidad», pp. 22 Yss.

⁹ VATTIMO, *La sociedad transparente*, Barcelona, 1990, p. 108. Del mismo autor, *Elogio del pudor*, Barcelona, 1991, *Yética de la interpretación*, Barcelona, 1991.

¹⁰ Cfr. BERTAUX, «De la perspectiva de la historia de vida a la transformación de la práctica sociológica», en MARINAS y SANTAMARÍA, *op. cit.*, pp. 33-34; BASTIDE, «L'ethnologie et le nouvel humanisme», *Revue Philosophique* (octubre-diciembre 1964), p. 447; DANTO, *Analytical Philosophy of History*, Cambridge University Press, 1965, cuyos capítulos I, VII y VIII se han publicado en español bajo el título de *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia*, Barcelona, 1989, y *Narration and Knowledge*, Columbia University Press, Nueva York, 1985; RICOEUR, *Temps et Récit*, 3 vols., Senil, 1983-1985 (hay traducción española de los dos primeros), y *La metáfora viva*, Madrid, 1980; WOOD, *On Paul Ricoeur: narrative and interpretation*, Londres, Routledge, 1991; CRUZ, *Narratividad. La nueva síntesis*, Barcelona, 1987, y *Filosofía de la Historia*, Barcelona, 1991; LOZANO, *El discurso histórico*, Madrid, 1987.

ciones del pasado; la misma estructura discursiva utilizada -la narración- determina el modo de organizar el pasado y de producir su inteligibilidad»: el enfoque epistemológico retrocede ante el enfoque semiótico o retórico¹¹.

La vuelta a la narración, el auge de la «historia con personas» es, primariamente, un hecho producido por la demanda del público. Para Marc Fumaroli, el lector de historia quiere héroes, intriga, carácter, sentimientos, acción. Literatura, en definitiva, al no haber sido ésta en los últimos tiempos un espejo de la sociedad, al no contar, desanimada por teóricos e ideólogos de la literatura, convertida en un ejercicio de estilo, «historias». Braudrillard ha acuñado el término de *segunda revolución individualista*, refiriéndose a la pérdida de la ilusión escénica y a la abolición del secreto que se ha adueñado de la vida colectiva: todo se integra instantáneamente en los canales de comunicación, todo se «cuenta», todo se «relata». Lipovetsky considera que la ausencia de grandes debates ideológicos, el «fin de las ideologías», desplaza el interés político hacia las personas que ocupan los puestos destacados en la vida pública: en estas narraciones biográficas, razón de Estado y vida cotidiana se conjugan. Mas esta realidad tiene su fundamentación, en primer lugar, *filosófica*. Como ya se ha apuntado, «ciertos filósofos analíticos anglonorteamericanos (Walsh, Gardiner, Dray, Gallie, Morton White, Danto, Mink) (...) han intentado establecer el estatuto epistemológico de la narrativa, considerado como un tipo de explicación especialmente apropiado a la explicación de los acontecimientos y procesos históricos frente a los naturales». Desde la hermenéutica, Gadamer o Ricoeur consideran la narrativa como la «manifestación en un discurso de un tipo específico de conciencia temporal o estructura del tiempo»¹². La teoría de la *razón histórica*, en fin. Influído por Dilthey, Ortega centrará en la historia el conocimiento *en sí mismo* del hombre. La historia, afirmará, es «ciencia sistemática de la realidad radical que es mi vida». Y también, «el razonamiento esclarecedor, la razón consiste en una narración. Frente a la razón pura físico-matemática hay, pues, una razón narrativa. Para comprender algo humano, personal o colectivo, es preciso contar una historia. Este hombre, esta nación hace tal

¹¹ «Los problemas de la explicación en historia de las mentalidades», Ponencia presentada al Congreso «A Historia a debate» (en curso de publicación). Debo el texto a cortesía del autor.

¹² WHITE, *El contenido...*, pp. 47-48.

cosa y es así porque antes hizo tal otra y fue de tal modo. La vida sólo se vuelve un poco transparente antes de la razón histórica». De una u otra forma, parece perdida la fe en los modelos deterministas de explicación. Popper ha mostrado el carácter abierto del Universo, rechazando las tesis que niegan una libertad humana, evidente para el sentido común ¹³. Desde la *teoría de la literatura* -Barthes, Todorov, Eco...- los semiólogos han estudiado la narrativa en todas sus manifestaciones, considerándola simplemente un código discursivo, entre otros, que puede ser o no apropiado para la representación de la realidad. Finalmente, pero no en último lugar, la propia práctica de muchos historiadores, defensores de una noción artesanal de los estudios históricos y que consideran a la narrativa como una forma perfectamente respetable de «hacer» historia (como lo expresa Hexter) o «practicar» la historia (como lo expresa Geoffry Elton). Samuel precisa los límites que en historia tienen las síntesis y el razonamiento abstracto, reivindicando la narrativa, la descripción, como parte ineludible del trabajo del historiador ¹⁴. Y para Caro Baroja, la vida debe estudiarse como relato, como narración ¹⁵.

La esencia del relato es la *trama*. Veyne, para quien el historiador, al no tener la historia una articulación natural, escoge, dispone las tramas con la más absoluta libertad, consideran que éstas «no son cosas ni objetos consistentes, ni sustancias, sino un fragmento libremente desgajado de la realidad, un conglomerado de procesos, en el cual cosas, hombres y sustancias en interacción se comportan como sujetos activos y pasivos» ¹⁶, siendo la estructuración de la trama ¹⁰ que constituye a un hecho como histórico. También para Ricoeur, nada puede ser considerado como acontecimiento si no puede ser integrado en una historia, en una trama consistente en una «operación configurante» o «mediadora» que dota tanto a la historia como a la ficción de inteligibilidad y establece entre ellas una fundamental ana-

¹³ *El universo abierto*, Madrid, 1984.

¹⁴ *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, 1984, p. 61.

¹⁵ GREENWOCK, «Julio Caro Baroja: sus obras e ideas», *Ethnica*, revista de antropología, 2 (1971), pp. 77-79.

¹⁶ VEYNE, *Cómo se escribe la historia. Ensayo de epistemología*, Madrid, 1982, p. 39. Cfr. MORALES MOYA, «La epistemología de Paul Veyne», pp. 79-95, Y «Notas críticas a la epistemología histórica de Paul Veyne», *Revista de Filosofía*, 2.ª serie (julio-diciembre 1986), pp. 159-180.

logía 17. La trama de la narración «toma juntos» e integra en una historia —o ficción— total y completa acontecimientos, agentes, medios, fines, interacciones, circunstancias, azares..., realizando la «síntesis de lo heterogéneo». De forma semejante, White entiende por trama «una estructura de relaciones por la que se dota de significado a los elementos del relato al identificarlo como parte de un todo integrado», fundado en un «tema común», en un «tema central» 18.

El problema se plantea entonces en los siguientes términos: ¿constituye la narración una estructura ontológica, un universal humano «sobre cuya base pueden transmitirse mensajes transculturales», una de las condiciones fundamentales de la existencia humana? 19. De otra forma, ¿la historiografía es siempre narración?, ¿adopta todas las representaciones de la realidad histórica la forma narrativa? Entiendo que debe distinguirse, con White, entre «un discurso que narra y un discurso que narrativiza, entre un discurso que adopta abiertamente una perspectiva que mira al mundo y lo relata y un discurso que finge hacer hablar al propio mundo y hablar como relato» 20.

Quizás conviniera, a fin de hacer frente a una generalizada confusión, diferenciar *relato* y *narración* para referirnos a discursos claramente diferenciados: ¿*La bruja de Jasmin* y *Pensar la Revolución* pertenecen al mismo género historiográfico? ¿O *The Great Cat Massacre* y *The World we have lost*?

Corresponde a Paul Ricoeur el más riguroso análisis de la *narración histórica*. ¿Qué es, para el filósofo, un relato histórico? En *Tiempo y narración* se plantea la hipótesis de una unidad funcional, basada en su común carácter temporal, entre los diferentes géneros narrativos. El tiempo se convierte en «tiempo humano» en la medida en que se articula sobre una forma narrativa y, a su vez, el relato alcanza su plena significación cuando deviene una condición de la experiencia temporal. Un relato histórico es algo que se fecha según un calendario, construido a partir de un modelo astronómico de tiempo, en cuyo interior se inscriben acontecimientos vividos por hombres

17 MACEIRAS, Presentación a Paul Ricoeur, *Tiempo y narración. I. Configuración del tiempo y del relato histórico*, Madrid, 1987.

18 WHITE, *El contenido...*, p. 24. Para un ejemplo de construcción de una trama, cfr. THOMPSON, «Historias de vida en el análisis del cambio social», en MARINAS y SANTAMARÍA, *op. cit.*, pp. 66 Y ss.

19 Cfr. CARRERAS, «Teoría y narración en la historia», *Ayer*, 12 (1993), p. 27.

20 WHITE, *El contenido...*, p. 18.

·mortales. La historia sería así una permanente articulación entre dos perspectivas enfrentadas: el tiempo del mundo y el tiempo de los hombres. Cercano a la metáfora el relato, relacionando sucesos, crea una trama, produciendo, construyendo el «sentido». Entre la historia y las demás ciencias humanas sigue habiendo una diferencia profunda, radicada en que aquella mantiene su dimensión temporal, siendo el relato el «guardián del tiempo» 21.

La historiografía moderna, en especial la francesa, ha desdeñado el relato, desplazando el objeto de la historia del «individuo actuante» al «hecho social». La narración resultaba ser «una forma demasiado elemental de discurso para satisfacer, incluso temporalmente, las exigencias de la cientificidad planteadas por el modelo nomológico de explicación» 22. Ricoeur, por el contrario, sostiene el carácter narrativo, en definitiva, de la historia, sin cuestionar las pretensiones científicas de los historiadores. Toda historia es relato, siquiera no se puede contar cualquier cosa, al tener que ser la narración coherente, tanto internamente cuanto con respecto a la documentación en que se apoya. Así, relato será, incluso, la *longue durée* de Braudel. *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* no es, en el fondo, sino el relato de la muerte del «Mare Nostrum», que se convierte en un héroe colectivo, a la vez realidad geográfica, realidad histórica y entidad sociológica, un «semipersonaje», cuyo final es un «semiacontecimiento». La noción de «tendencia secular» (*trend*) ocuparía entonces el lugar de la intriga clásica. La «larga duración» terminaría siempre por contarnos, como la crónica de acontecimientos, una historia, ayer la retirada del Mediterráneo de la «gran historia», hoy la mundialización de la economía. En ambos casos, dirá Ricoeur, «es de nuevo la fragilidad de las cosas humanas lo que pasa al primer plano y con ella la dimensión dramática de la que la *longue durée* había intentado librar a la historia». La *longue durée* vendría a ser, así, un «artificio de la narratividad» (Vigne) 23.

²¹ Cfr. RICOEUR, *La metáfora viva*, Madrid, 1980; BOIHÉAU, *L'événement sans fin. Hécit et christianisme au Moyen Age*, Les Belles Lettres, 1993.

²² RICOEUR, *Tiempo y narración. I. Configuración del tiempo histórico*, p. 213.

²³ RÜSSEN, «La historia, entre modernidad y posmodernidad», en *New History, Nouvelle Histoire. Hacia una nueva Historia*, p. 131; VIGNE, «L'Intrigue, mode d'emploi», en *Esprit. Paul Ricoeur*, pp. 249-256, Y «Un problème de temps», en *Magazine LiUeraire*, 212 (noviembre 1(84)).

Concluyendo: la «interpretación narrativista» de la historia está lejos de cualquier forma de escritura «ingenuamente narrativa». En cierto modo, toda narración se explica por sí misma, «en el sentido en que contar lo que ha sucedido es ya explicar por qué ha sucedido» y, en este aspecto, «la historia más pequeña incorpora generalizaciones, sean de orden clasificatorio, causal o teórico. 'Por tanto, nada se opone a que generalizaciones y explicaciones cada vez más complejas y tomadas de otras ciencias vengan a insertarse y, en cierto modo, a interpolarse en la narración histórica». Por tanto, hay que pensar, frente a Hayden White, que no hay acontecimientos o procesos que no se presten a representación histórica, insertos, por supuesto, en una trama. Más, en otro sentido, ninguna narración histórica se explica por sí misma, debiendo el historiador, cuando el texto o la interpretación recibidos resultan discordantes ante nuevas realidades, reordenar el detalle para hacer de nuevo inteligible al conjunto. En definitiva, la concepción de Ricoeur supone la afirmación de que «la cualidad propiamente histórica de la historia sólo se preserva por los lazos, por tenués y ocultos que sean, que continúan uniendo la explicación histórica a la comprensión narrativa, a pesar del corte epistemológico que separa la primera de la segunda». La historicidad viene a ser así un *contenido* del que la *narratividad* es la forma ²⁴.

Entendemos, sin embargo, que el problema de la historia narrativa no se agota -digamos, de paso, que la reflexión de Ricoeur se apoya en las obras fundamentales de Braudel, Chaunu, Coubert, Le Coff, Ariès, Furet, Vovelle...- en su «dimensión filosófica» o «esen-

²⁴ RICOEUR, *op. cit.*, pp. 263 y 374. En *Tiempo y narración*, Paul Ricoeur -resume Roger Chartier- ha mostrado que «toda historia, hasta la menos narrativa o la más estructural, se construye a partir de unas fórmulas que gobiernan la producción de las narraciones. Las entidades manejadas por los historiadores (sociedades, clases, mentalidades) son “quasi personajes”, dotados de propiedades que son las de los héroes singulares o las de los individuos normales que componen los colectivos que designan categorías abstractas. Por otra parte, las temporalidades históricas mantienen una gran dependencia del tiempo subjetivo; a lo largo de unas magníficas páginas Ricoeur muestra cómo *El Mediterráneo en tiempo de Felipe II* se basa, en el fondo, en una analogía entre el tiempo del mar y el del rey, y cómo su larga duración no es más que una modalidad derivada de la narración novelada del acontecimiento. Finalmente, los procesos explicativos de la historia siguen ligados a la lógica de la imputación causal singular, es decir, al modelo de comprensión que, en lo cotidiano, permite dar cuenta de las decisiones y de las acciones de los individuos», «Narración y verdad», *El País*, jueves 29 de julio de 1993. Sobre la explicación causal en historia, v. POPPER, *La miseria del historicismo*, Barcelona, 1981, especialmente pp. 158-159.

cial». Afirmar que toda la historia -incluso la «menos narrativa»- es un *relato*, no significa que no existan relatos diferentes. ¿Qué quiere decir Rüssen cuando habla de «contar una buena historia»? ²⁵. El verdadero problema, que desborda los límites del presente trabajo, sería preguntarse entonces, como señala Chartier, por los tipos de inteligibilidad ligados a la elección de relatos diferentes: «Comment des récits different produissent-ils des modes de compréhension différents?» ²⁶. Hay que afrontar, no obstante, el tema, denominado por Carreras «de tejas abajo», de la historia narrativa. Junto al *relato*, que puede ser muy escasamente *narrativizante*, *la narración*, propiamente tal.

La concordancia entre los historiadores a la hora de definir la *narración* es manifiesta. Así, para Stone, «la narración consiste en organizar la materia según el orden continuo de la cronología y en poner la imagen a punto de tal manera que, por la convergencia de los hechos, lo narrado se presenta sin solución de continuidad, aunque haya intrigas secundarias (...). La clase de narración en la que yo pienso no es la del simple relator de antigüedades o del analista. Es una narración orientada por un *principio pregnans* y que posee un tema y un argumento. El tema de Tucídides eran las guerras de Peloponeso y sus funestos efectos sobre la sociedad griega y su política (...). El historiador narrador, en nuestra definición, no evita nunca el análisis, pero no es esa la armazón alrededor de la cual levanta su obra. En resumen, éste puede interesarse por los aspectos teóricos de la presentación de los hechos, pero lo que es seguro es que tiende a la elegancia del estilo, a la vivacidad de ingenio, al aforismo». Paul Veyne, preguntándose qué hacen los historiadores desde Tucídides a Marc Bloch, responde: «narran acontecimientos verdaderos que tienen al hombre por actor, la historia es una novela verdadera», siendo la explicación histórica la claridad que emana de la narración suficientemente documentada. Hayden White insiste en las dimensiones cronológica y estructural: «los acontecimientos no sólo han de registrarse dentro del marco cronológico en el que sucedieron originariamente, sino que además han de narrarse, es decir, revelarse como sucesos dotados de una estructura, un orden de significación que no poseen como secuencia». Rüssen resalta cómo «Narración se eleva

²⁵ RÜSSEN, «La Historia...», p. 131.

²⁶ CHARTIER, «Debat sur l'Histoire», *Esprit*. Paul Ricoeur, pp. 259-260.

frente a explicación, descripción viva frente a análisis abstracto, o -para usar una renovada dicotomía metafórica- cálida empatía frente a teoría fría» 27. Morton White entiende que «una narrativa consiste primariamente en enunciados explicativos singulares» 28. Santos Juliá subraya cómo el *revival* narrativo, fundado en «la detallista indagación en las cosas, que pueden ocurrir a gentes, salvo excepción, comunes», ofrece «un producto que guarda una relación en ocasiones clamorosa con la novela, con el cine o con ambas cosas a la par» 29. Para Marías, «ningún suceso histórico interesa profundamente si no está referido a la vida afectiva, es decir, a la realidad palpitante, estremecida, de las vidas singulares; dicho en otras palabras, *si no le pasa a alguien* lo colectivo como tal no interesa, no conmueve, no apasiona; a última hora no es inteligible, carece de sentido, nos deja indiferentes. Es menester la proyección en vidas concretas, insustituibles, para que sintamos interés y para que podamos, simplemente, entender» 30. Chatman define la narrativa como el resultado de la interacción de cuatro elementos: acción (llevada a cabo por un agente), suceso (un efecto sobre un personaje) personaje (que actúa) y escenario (que causa un efecto). Dos de los elementos (acción y suceso) ocurren, los otros dos (personaje y escenario) simplemente están. A los dos primeros les llama «acontecimientos» y a los dos últimos, «existentes», limitando el énfasis puesto sobre cada uno de los elementos la atención prestada a los otros, idea que expresa mediante la fórmula $(AS) \times (PE) = k$. «Es simplemente la tradición, cuando no el prejuicio desinformado -resume McGill- lo que insiste en identificar la historia narrativa con las acciones y sucesos, ya que los personajes y escenarios también pueden servir como centro de atención» 31.

²⁷ STÜNE, «The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History», *Past and Present*, 85 (noviembre 1979). Citamos por la versión española, *Débats*, 4, p. 95; VEYNE, *op. cit.*, pp. 6-7; WHITE, *op. cit.*, p. 21; RÍSEN, *op. cit.*, p. 131.

²⁸ Cfr. *Foundations of Historical Knowledge*, Nueva York, 1965. Cito por MEGILL, «Relatando el pasado: Descripción, explicación y narrativa en la Historiografía», *Historia Social*, 16 (primavera-verano 1993), p. 83.

²⁹ JULIÁ, «De la cultura popular al relato histórico», *EL País*, domingo 25 de noviembre de 1984.

³⁰ «La elave de los episodios nacionales», *ABE*, 27 de noviembre de 1987.

³¹ CHAPMAN, *Story as Discourse: Narrative Structure in Fiction and Film*, Ythaca, Nueva York, 1978. Hay traducción española, Madrid, 1990. Cito por MEGILL, «Relatando...», p. 88.

La *narración*, así entendida, resulta ser manifestación de una *tendencia a la individuación* -traducida en el auge de géneros como la biografía, la historia oral, el tratamiento del acontecimiento o la microhistoria-, reviste diferentes formas y plantea una serie de problemas ³².

Distintas/ormas. Junto a la *narración tradicional* -tal sería la definida por Furet o por Stone, con su riguroso orden cronológico y su excesivo componente *narratológico*- nada se opone, más bien lo contrario a que la *narración* altere el ritmo lineal de la cronología (lo posterior puede iluminar lo anterior) o a que incluya disertaciones o análisis. «La *narración* histórica sin análisis es banal y el análisis histórico sin *narración* es incompleto» (Peter Cay). Por otra parte, la *narración* puede -si es que no debe- tener una dimensión *literaria* relevante. Sin perjuicio de referirme después a la «forma», hay que destacar la importancia que la escritura tiene para expresar conceptos, imágenes o emociones, de donde la apasionada defensa de la buena prosa histórica por parte de historiadores del relieve de Le Roy Ladurie, Vernant, Colo Mann o Georges Duby. Ejemplos notables de esta «literaturización» de la historia pueden ser el «dramatismo» de Richard Cobb, el «impresionismo» de Peter Brown o el «puntillismo» de Théodore Zeldin. y Jörn Rüssen se refiere, como rasgo de la historiografía posmodernista, a la presentación del pasado «con calidad estética» ³³.

Los *peligros* de la *narración*. Vázquez Carcía define como «tentaciones del *narrativismo contemporáneo*» una serie de tendencias: la consideración «de una continuidad sin fisuras entre las *narraciones* del sentido común y las de la historia», el debilitamiento de la diferencia entre *narración* histórica y relato de ficción y la vuelta a la «vieja historia episódica», a la *narración* tradicional.

Por último, y en relación con lo anterior, las *cuestiones* () *problemas* que la historia *narrativa* suscita. Ante todo, vuelvo sobre ello, su presunto déficit teórico. No tiene por qué existir. Las teorías pueden

³² MORALES MOYA. «Biografía y *narración*», pp. 234 Yss.; RENALrr, *La era del individuo*, Barcelona, 1993; SERNA YPONS, «El ojo de la aguja. ¿De qué hablamos cuando hablamos de microhistoria?», *Ayer*, 12 (1993), pp. 93-133, y MORALES MOYA, «Algunas consideraciones sobre la situación actual de los estudios históricos», *La(s) otra(s) historia(s)*, año 1, núm. 1 (junio 1987), UNED de Bergara (Guipúzcoa), pp. 35-36.

³³ Cfr. MORALES MOYA, «Biografía y *narración*», pp. 248 Y254-255; RÜSSEN, «La historia...», p. 132.

subyacer – y no pocas veces así ocurre – a las narraciones. Y ¿cómo prescindir de los conceptos? ³⁴. Es cierto que un «exceso de teoría» puede «desequilibrar» una narración. Se trata de un problema, la lucha por la escritura, que habrá de resolver el historiador. Así, las «historias de vida», expresión de una historia viva, presente, han de reescribirse – Oscar Lewis elaboró *Los hijos de Sánchez* a partir de las transcripciones – y ello supone un «estilo», una «calidad de expresión» ³⁵. Mas las «historias de vida» se fundamentan, por supuesto, en una teoría: no se trata de una práctica empírica nueva, sino de superar, en definitiva, las tradiciones sociológicas vigentes – la positivista de la sociología empírica, la funcionalista o la marxista – para acceder a un conocimiento de la realidad social que no puede hacer abstracción del individuo, ni de su conciencia crítica y de voluntad de acción sobre lo socioestructural ³⁶. No cabe ocultar que, desde una perspectiva posmoderna, se habla en ocasiones – bajo la influencia de la *thick description* de Clifford Geertz ³⁷ – de la renuncia a la utilización de conceptos teóricos. Ahora bien, las mejores «historias narrativas», como precisa Santos Juliá – *El regreso de Martín Guerre, Guillermo el Mariscal, ¿Quién rompió las rejas de Monte Lupo?* – nunca aceptan su consunción en el caso individual o en el puro acontecimiento, al tratar de alcanzar una realidad social más amplia.

Debe, en definitiva, concluirse con este autor que el mantenimiento de «la tensión entre el caso y el modelo, la narración y el análisis, la representación simbólica y el orden social, la cultura popular y la teoría de la sociedad parece el único camino para que la gratificante renovación del relato no sucumba en pura escenografía».

La operación histórica consiste – señala Michel de Certeau – en «una serie de transformaciones» que cambian textos o «pre-textos» (los documentos) en otros textos (las obras históricas). El discurso mismo es definible en términos de «reglas» características y toda adecuación a un referente (lo real) es en historia como en la novela «rea-

³⁴ Cfr. MORALES MOYA, «Notas críticas a la epistemología de Paul Veyne», p. 174.

³⁵ Cfr. BERTAUX, «La perspectiva biográfica: validez metodológica y potencialidades», en MARINAS Y SANTAMARÍA, *op. cit.*, pp. 165 Y ss.

³⁶ Cfr. THOMPSON, «Historias de vida en el análisis del cambio social», en MARINAS Y SANTAMARÍA, *op. cit.*, pp. 65-80.

³⁷ Geertz propone, como forma de aproximación metódica al pasado, capaz de darle su propia significación, evitando su subyugación por estructuras genéticas, la *thick description* o «descripción densa».

lista» un modo de decir propio de un género literario: «On passe ainsi d'une réalité historique (L'Histoire ou Geschichte) reçue dans un texte, à una réalité textuelle (L'Historiographie ou Histoire) produite pour une opération dont les normes sont à l'avance fixées»³⁸. La historia narrativa se abre, pues, a los problemas de la *forma*, del lenguaje, a la teoría literaria, a una perspectiva semiótica. Una narración supone un código discursivo, un tipo de discurso con rasgos lingüísticos y retóricos específicos. El contenido de la representación no es indiferente a la forma, pues lo propio de ésta es la *producción de significados*. Con el discurso narrativo el historiador no se limita necesariamente a *comunicar*, a informar, por cuanto puede intentar emociones, sentimientos o, incluso, impulsar a la acción, debiendo adecuarse la forma a aquello que queremos representar³⁹. La atención al lenguaje, «casa del Ser», para Heidegger, «condición de la existencia del mundo», para Gadamer⁴⁰, material del historiador en cualquier caso, *no supone*, necesariamente, una apuesta por el «idealismo hermenéutico»: para Habermas, la vinculación del lenguaje con los procesos sociales, con la lucha y dominación de clases «lo convierte en instrumento ideológico operando en una comunicación sistemáticamente distorsionada, pero enmascarada bajo consensos aparentes». La pregunta sería entonces: «¿qué funciones ideológicas y efectos de poder desempeñan los discursos históricos?» 41.

Me he referido ya a la preocupación formal y literaria de muchos historiadores, lo que supone el cuidado tanto de la estructura u organización del texto como del lenguaje. Así, Paul Thompson fundamenta su *The voice of the Past* en una muestra representativa de historias de vida. Ahora bien, señala, «el testimonio de cada historia de

³⁸ CERTEALJ, «Une épistémologie de transition: Paul Veyne», *Annales ESC*, 27 Année, 2 (noviembre-diciembre 1972), p. 1324.

³⁹ Cfr. WHITE, *op. cit.*, pp. 57 Yss. CIATMAN, *op. cit.*, define la narrativa como una estructura semiótica. En cuanto a la estructura narrativa y a la naturaleza y formas de la narración, v. WELLEK y WARREN, *Teoría literaria*, Madrid, 1985; ALBADALEJO, *Teoría de los mundos posibles y macroestructura narrativa*, Alicante, 1986; BAL, *Teoría de la narrativa. Una introducción a la Narratología*, Madrid, 1985; LINVELT, *Essai de typologie narrative. Le point de vue. Thème et analyse*, París, 1981; MACKSEY y OONATO (eds.), *Los lenguajes críticos y las creencias del hombre. Controversia estructuralista*, Barcelona, 1972; POZUELO YVANCOS, *Teoría del lenguaje literario*, Madrid, 1989; ACUIAR E SILVA, *Teoría de la literatura*, Madrid, 1984.

⁴⁰ Cfr. GADAMER, *Verdad y método*, Salamanca, 1977.

⁴¹ Cfr. VÁZQUEZ GARCÍA, «La transformación...».

vida sólo puede ser plenamente estudiado como parte de la totalidad de vida; pero para hacer generalizaciones sobre un tema social particular debemos extraer los testimonios sobre esta cuestión del conjunto de entrevistas, para observarlos y volverlos a reintegrar desde un nuevo ángulo, de una forma horizontal mejor que vertical y, haciéndolo así, dotarlos de *un nuevo significado*»⁴². Un libro reciente, *Les Crématoires d'Auschwitz*, de Claude Pressac, rigurosa obra que demuestra la técnica de funcionamiento, la ingeniería, del campo de exterminio, merece el siguiente comentario a Claude Lanzman: «L'Insistance sur la seule technique nous ramene à l'abstraction, à une vérité évidée d'elle même (...) Si les morts pouvaient parler, on les disqualifierait, parce que trop émotifs sans doute». Un lenguaje analítico, cifras, presupuestos, planos, esquemas de montaje... ¿es suficiente para mostrar el horror del Holocausto? Por el contrario, *La page n'est pas encore tournée* de Henri Amouroux, fundado más en las palabras que en los textos, se centra, comenta Nobécourt, en los hombres y no en las estructuras y considera que la verdad de los acontecimientos que sucedieron en aquellos meses en la Francia liberada tuvo «carne y sangre»⁴³.

Un último asunto, merecedor de un tratamiento específico. Ricoeur habla, como se ha visto, de la «unidad funcional entre los diversos géneros narrativos» y de la «fundamental analogía entre ciencia y ficción»: ¿se confunden en una indiferenciada *narración* la historia y la literatura?

Hay que comenzar por la consideración del llamado «giro lingüístico» o «giro deconstruccionista». Si por tal entendemos la «reducción del pensamiento a lenguaje y del lenguaje a un sistema de signos sin sujeto ni significaciones que vayan más allá del propio lenguaje», con su conversión consecuente de la historia en una «imagen ficticia», en una creación subjetiva del historiador, es manifiesta la distancia que quien escribe estas líneas mantiene respecto de tales planteamientos⁴⁴. Uno cree, por el contrario, que si lee *La sociedad*

⁴² THOMPSON, «Historia de...», p. 68. La cursiva es mía.

⁴³ PRESSAC, *Les Crématoires d'Auschwitz*, París, CNSREA, 1993; AMOUROUX, *La page n'est pas encore tournée*. Janvier-octobre 1945, París, Laffont, 1993. Véase también la crítica de NOBÉCOURT a FRIEDLANDERS, «Les signes du nazisme», *Le Monde*, 8 de abril de 1982.

⁴⁴ Cfr. OLÁBARRI GORTÁZAR, «La "Nueva" Historia, una estructura de larga duración», en *New History...*, p. 60. Véase especialmente BARTHES, «Introducción al aná-

feudal, de Bloch, sabe más acerca de la *realidad medieval* que antes de la lectura —si no, para qué tomarse el trabajo—; aunque, claro es, ni sepa todo ni con carácter definitivo. En fin, las palabras son signos que nos permiten, mejor o peor —depende de las que elijamos— *decir, contar* de las cosas ⁴⁵.

Retornemos entonces al problema inicial: ¿cómo diferenciar *historia y literatura*? ¿Es cierto, como resume, desde una posición crítica para tal supuesto Chartier, que la historia «no aporta más (ni menos) verdadero conocimiento de lo real que una novela, y es totalmente ilusorio pretender clasificar y jerarquizar las obras de los historiadores en función de criterios epistemológicos indicando su mayor o menor relevancia a la hora de dar cuenta de la realidad pasada»? ⁴⁶. Sin duda, la literatura tiene en ocasiones una dimensión testimonial que le acerca a la historia: ¿se puede llamar «novela» a una obra como *Las cosas que llevaban los hombres*, de Tim O'Brien? ⁴⁷. *Elogiemos ahora a hombres famosos*, de James Agee y Walker Evans, impresionante reportaje sobre los algodóneros de Alabama, publicado en 1941, muestra «la estatura de una porción de existencia ini-

lisis estructural de los relatos», en AAVV, *Análisis estructural del relato*, Buenos Aires, 1974; DERRIDA, *L'écriture et la difference*, París, Seuil, 1967; NORRIS, *Deconstruction. The OLY and Practice*, Londres, 1982.

⁴⁵ Recientemente, Enrique Moradiellos, comentando un trabajo mío, «Historia y posmodernidad» (*Ayer*, 6, 1992, pp. 15-38), considera que «en él se invocan las tesis de Derrida y Vattimo como marcos regulativos para orientar la actividad historiográfica» (*Historia Social*, 16, primavera-verano 1993, p. 104, nota 9). ¿Cómo osar pedir a quien le lee a uno que vuelva a hacerlo?: «Ars longa, vita brevis». Si el profesor Moradiellos llevara su condescendencia a hacer tal cosa, observaría, creo, que lo que considera identificación con el «deconstruccionismo» es fundamentalmente descripción, así como mi postura crítica a dicha corriente (v., especialmente, pp. 18-22 Y37-38). Otra cosa es, sin embargo, el interés por el «deconstruccionismo» en lo que tiene de rechazo de los «grandes relatos» metafísicos, de «pictas» (Vattimo) hacia lo viviente y a todas sus huellas y manifestaciones, y aun de orientador de algunas obras que, a mi juicio, revisten un interés innegable. Cfr. sobre estas cuestiones STONE, «History and Posmodernity», *Past and Present*, 13, mayo 1991; los comentarios de JOYE y KELLY en dicha revista (núm. 133, noviembre 1991, pp. 204-213); la réplica de S'ONE y el comentario de SPIEGEL, también en *Past and Present* (núm. 135, mayo 1992, pp. 189-208). Asimismo, HEXTEH, «La implosión de la deconstrucción: un réquiem», en *New History...*, pp. 103-117.

⁴⁶ CHARTIER, «Narración y verdad», p. 3.

⁴⁷ Anagrama, Barcelona, 1993. No sólo trata de hechos reales, vividos, sobre la guerra del Vietnam, sino que induye una dimensión metanarrativa al describir el proceso de escritura del texto.

maginada», utilizando un material documental al que se trata «con la mirada del creador literario» 48. Dos Passos intercala noticias de prensa y breves biografías --entre ellas, una excelente de Veblen en *The Big Money*. Y ¿qué son exactamente *El Danubio*, de Claudio Magris, o *El territorio del vacío. Occidente y la invención de la playa (17.50-1840)*, de Alain Corbin? ¿Asistimos, quizás, al fin de los géneros? Veamos cómo Alvarez Junco nos manifiesta su enfoque historiográfico: «En la primera parte del libro me he permitido hacer incursiones más que narrativas, casi noveladas. No sólo la biografía se presta a ello más que otros subgéneros de la historia, sino que Lerroux, verdaderamente, era un filón, dada la riqueza anecdótica y picaresca de su historia personal (...) Pero, aparte de esas razones y de un gusto o tendencia personal difícil de reprimir, hay en estas páginas un propósito consciente de no abandonar viejas técnicas y pretensiones literarias que me parecían injustamente despreciadas por el árido estructuralismo del historiador social. Creo que la historia es una ciencia social, y debe adoptar, en la medida en que los datos lo consientan, las técnicas y modelos de las ciencias sociales (...), pero también es, en palabras de Georges Duby, un arte literario. El historiador necesita una cierta capacidad evocadora, y sólo con recursos literarios se puede movilizar la nostalgia y la fantasía necesarias para reconstruir idealmente una realidad desaparecida» 49. Yautobiografía, crónica de nuestro tiempo --decadencia de una cierta burguesía catalana en el marco de unos cambios colectivos-- y ficción, se entremezclan y confunden en un libro como *Estatua con palomas*, de Luis Goytisolo. Historia, literatura y filosofía se confunden en las obras de los grandes novelistas centroeuropeos: Kundera nos revela que los grandes temas abordados por Heidegger en *Sery Tiempo* fueron «revelados, expuestos, iluminados por cuatro siglos de novela»; y refiriéndose a la intención «polihistórica» de Herman Broch, subraya después que ni la poesía, ni la filosofía, ni las ciencias humanas pueden integrar la novela, pero la novela sí puede integrarlas. La novela es, por ello, la ocasión de una suprema síntesis intelectual. «La historia --concluye el escritor checo-- ha destruido la Europa Central. La gran

⁴⁸ Seix Barral, Barcelona, 1993. V. la crítica de CUEL BENZU, en «Babelia», *El País*, 4 de diciembre de 1993.

⁴⁹ ALVAREZ JUNCO, *El f. mperador deL ParaLelo. Lerroux y La demografía popuLis-ta*, Madrid, 1990, p. 13.

novela de la Europa Central ha destruido la historia»⁵⁰. La relación entre historiografía y literatura es, para Hayden White, «tan tenue y difícil como la existente entre la historiografía y la ciencia»⁵¹.

¿Será la «verdad», como postula Veyne, el criterio diferenciador: «la historia es una novela verdadera»⁵²? No parece: ¿cómo apreciar el grado de *verdad* de una narración ficticia? Dejando a un lado la novela realista, ¿Roa Bastos, Heinrich Boll, Toni Morrison, Vargas Llosa, y tantos otros, no nos muestran unas realidades profundas a las que difícilmente accede el historiador? ¿Hay en la obra de Vázquez Montalbán, *Autobiografía del general Franco*, más «verdad» que en los historiadores *objetivos* de los que el novelista parece desconfiar? Charles Reich ha escrito que «la intuición más profunda de la sociedad americana estaba en el arte popular de los años treinta, en las películas de gangsters y en las novelas de detectives (...) Las inolvidables novelas de Raymond Chandler, de James M. Cain y de Dashiell Hammet, ¿no están más próximas de la verdad que la mayor parte de la literatura de las ciencias sociales?»; y, para Norman Birbaum, «los cineastas hacen más por la comprensión de la sociedad contemporánea que cualquier otro»⁵³. Martínez Bonati afirma que en el proceso de lectura, la narración «desaloja nuestra percepción de la realidad, para sustituirla por otra, de carácter imaginario, que es vivida transitoriamente como verdadera aún con la plena conciencia de su carácter ilusorio»: resulta ser así una realidad esencial en la existencia humana⁵⁴.

La diferencia de la narración histórica con la ficticia reside, a mi juicio, en la sumisión de la primera a la práctica de los historiadores, a las reglas de un oficio. Se trata de la aplicación del *método histórico*, que, en rigor, impide la identificación con el tipo de conciencia histórica postulado por Gadamer: aceptemos «el privilegio del hombre moderno de tener plena conciencia de la historicidad de todo presente»; no así «la relatividad de todas las opiniones»⁵⁵. La historia, para Marrou, es una aventura espiritual, en lo que la personalidad del historiador se compromete por entero, ajustándose a unas únicas normas «elaboradas por los eruditos europeos entre los siglos XVI

⁵⁰ KJINDERA, *El arte de la novela*; Barcelona, 1987.

⁵¹ WHITE, *El contenido...*, p. 62.

⁵² VEYNE, *Cómo se...*, p. 10. La cursiva es mía.

⁵³ eit. por MARINAS y SANTAMARIA, *op. cit.*, p. 32.

⁵⁴ *La ficción narrativa (su lógica y ontología)*, Murcia, 1993.

⁵⁵ GADAMER, *El problema de la conciencia histórica*, Madrid, 1993, p. 41.

y XIX, Y que siguen siendo esenciales, indispensables, pero no definen una ciencia, sino un oficio»⁵⁶. Son las operaciones específicas de la disciplina: «construcción y tratamiento de los datos, producción de hipótesis, crítica y verificación de los resultados, validación de la adecuación entre el discurso cognitivo y su objeto (...) Dependencia del archivo y, por tanto, del pasado de que éste es huella»⁵⁷. Y de todas ellas, ninguna es, seguramente, más importante, como señala Elton, que «la escrupulosidad en la indagación del testimonio y el cuidado que se ponga en la acreditación, el dominio y lo fidedigno de dicha evidencia»⁵⁸. Así actúa el historiador; no, claro es, el creador de ficciones. Y este quehacer, nunca concluido, siempre revisable, es la única garantía de *objetividad*.

Esteban de Vega, comentando --en el número 6 de *Ayer. La Historia en el 91*-- la historiografía española contemporánea aparecida en ese año, hacía una serie de consideraciones críticas que, en líneas generales, podrían reproducirse en 1993: limitada recepción de la nueva historiografía, surgida a finales de los setenta, a partir de la crisis de la convencionalmente llamada «historia científica», escasa atención a la «historia con personas», la historia comparada o la historia de otros países.

No faltaban entonces, sin embargo, ni faltan ahora, obras de calidad cierta, homologables a las que, en una línea semejante, se producen en los países de historiografía avanzada, y que aportan conocimientos nuevos o rectifican puntos de vista establecidos en nuestra historiografía. Se trata, en la mayor parte de los casos, de *relatos* en cuyas *tramas* la dimensión *analítica* predomina abiertamente sobre la *narrativa* a la hora de organizar el material y en las que, en términos de Stone, «interesan más las causas y las consecuencias que el qué y el cómo»: de tales obras hay abundantes comentarios en este número de *Ayer*. Por el contrario, resulta extremadamente difícil encontrar textos en los que la dimensión *narrativa* ocupe el primer plano. Nada semejante a, por ejemplo, *San Nicandro. Histoire d'une conversion* de Elena Cassin, o a *La caída de París*, de Herbert Lottman, por citar dos obras recientes⁵⁹.

⁵⁶ Cito por OLÁBARRI, *op. cit.*, p. 80.

⁵⁷ CHARTIER, *op. cit.*, pp. 3-4.

⁵⁸ FOCEL y ELTON, *¿Cuál de los...?*, p. 196.

⁵⁹ CASSIN, *San Nicandro. Histoire d'une conversion*, Quai Voltaire, París, 1993; LOTTMAN, *La caída de París. 14 de junio de 1940*, Tusquets, Barcelona, 1993.

Debe señalarse, no obstante, el auge de la biografía, la ola de la *historia personal* que empieza a consolidarse en España. Caracteriza a una serie de biografías recientes, como señala el autor de una de ellas, Salvador Forner, el examen de «un aspecto o período de nuestra realidad histórica tomando como eje la trayectoria de un determinado personaje» y «la combinación del enfoque biográfico con métodos de análisis social y político (lo que) permite un tratamiento narrativo y a la vez estructural en el estudio de las individualidades históricas»), haciendo así posible una renovación del género sin pérdida de sus valores clásicos. Tal carácter tiene, en efecto, *Canalejas y el partido liberal democrático* de Forner, al situar al político español-junto a los Asquith, Waldeck-Rousseau, Combes o Giolitti- en el proceso de renovación del liberalismo europeo que tiene lugar entre 1900 y 1914. Cuando Canalejas accede al poder en 1910 -fecha en que concluye el libro—, era «el único político español capaz de hacer frente a la gobernación del país, con el menor riesgo para la estabilidad política de la monarquía»). Vicent Llobart y Luis Perdices escriben, respectivamente, *Campomanes, economista y político de Carlos Uf* y *Pablo de Olavide*, aportaciones sustanciales al conocimiento de la Ilustración española, en cuyos proyectos está el origen de nuestra contemporaneidad, vista desde las ideas y la praxis política de dos de sus más destacadas figuras. En fin, el régimen del general Franco y la personalidad del dictador adquieren nuevas precisiones con los libros de Payne, *Franco. El perfil de la Historia*; Paul Preston, *Franco. A Biography*, narración ejemplar, ampliamente documentada, «gran ejercicio de demolición de todo lo que en su día pudo constituir el mito de Franco» (Fusi); y *Franco en la guerra civil. Una biografía política* de Tusell, respuesta basada en material inédito, de archivo, burocrático, testimonial, a la pregunta inicial del libro: ¿cómo se convirtió Franco en dictador? A la fecundidad de este historiador se debe también *Carrero. La eminencia gris del régimen de Franco*, análisis -basado, como es habitual en Tusell, en importantes fuentes no utilizadas hasta ahora, entre ellas el archivo privado del propio almirante- del carácter y de las contribuciones al régimen franquista de quien fue una de sus figuras claves⁶⁰.

⁶⁰ Los libros de FORNER, PRESTON y TUSELL, son objeto de comentarios más detallados en este mismo número.